

EL REINO DE DIOS DE ACUERDO A LA ESCRITURA

PETER Y. DE JONG

Esta es la primera de dos conferencias impartidas en el Seminario Juan Calvino, en la ciudad de México en Febrero de 1989.

PRIMERA PARTE

El año pasado tuve la oportunidad de hablarles sobre el tema de “La Educación Cristiana en el Hogar, en la Iglesia y en la Escuela.” Esta mañana tengo el gran privilegio de dirigirme a esta asamblea en su Convocación Académica.

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo les saludo—estimados profesores, estudiantes comprometidos, al tan estimado Consejo y amigos del Seminario Juan Calvino—orando fervientemente para que éste pueda ser un tiempo rico y espiritualmente gratificante al desarrollar su trabajo para aquel de quien somos y a quien servimos.

Aquí, para usar un término común del norte de la frontera, ustedes están llamados “a hacer teología.” Y la teología, correctamente concebida, no es una ocasión para la teorización y especulación humanas; es más bien un llamado a pensar los pensamientos de Dios como él los piensa o, para poner esto en las palabras del apóstol, “llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (II Cor. 10:5b). Solamente así su trabajo puede ser para la gloria de su gracia soberana en Cristo Jesús y de este modo para la edificación de su iglesia, para la congregación de su pueblo y para la venida del reino de Dios entre los hombres.

Esta tarea, mientras que los llama para una aplicación diligente de sus capacidades mentales, es mucho más que un ejercicio intelectual. Es un acto de devoción, un ejercicio en la piedad, un compromiso del corazón y de la vida para el Salvador a quien confesamos ser nuestra única y verdadera vida.¹ Somos sus hijos amados, herederos de todas las riquezas de la salvación y por lo tanto también ciudadanos y soldados del reino de nuestro Dios.

Con deleite, entonces, me dirijo a ustedes sobre la materia del reino de Dios como se revela en la Santa Escritura.

Este tópico no lo elegí yo. Fue seleccionado para mí por sus estimados profesores. Y cuando lo recibí por primera vez, permítanme confesar esto públicamente, busqué todas las excusas para rechazar la invitación. Este tema es tan rico, tan variado y tan profundo que me sentí completamente inadecuado para hacerle la justicia que se merece. Ha sido el objeto de estudio, de intensa discusión y debate más que cualquier otro tópico bíblico, por

¹ Este énfasis se halla claramente en las primeras declaraciones de Juan Calvino en su *Institución de la Religión Cristiana* sobre la “verdadera y sólida sabiduría” que es mucho más profunda que una investigación intelectual; el estudio de la teología correctamente abordada es también un ejercicio en la piedad. Mucho del mismo énfasis se puede hallar en los teólogos reformados del siglo xvii quienes, como por ejemplo Voetius, combinaron el estudio de la “doctrina” con aquel estudio del “deber” (ética) y la “ars práctica” o devoción, piedad. Este énfasis debe ser recapturado en cada escuela teológica para prevenir el estudio de la doctrina cristiana de llegar a ser impersonal, abstracta y por eso espiritualmente estéril.

más de ciento cincuenta años. Volúmenes, cada uno a menudo contradiciendo a aquellos volúmenes escritos un poco antes, han brotado de las imprentas Alemanas y Francesas, de las imprentas Inglesa y Holandesa, en números incontables.² ¿Cómo podría, ante tal erudición, ser capaz de tratar con este tema como se lo merece?

La invitación al principio me pareció implicar que, como el año pasado, este tema sería impartido en tres discursos. Y sabiendo en mi consciencia que ni podía ni osaría declinar, me pareció apropiado dividir el material en tres secciones:

1. El concepto del Reino de Dios de acuerdo a la Biblia;
2. El concepto del Reino de Dios como se ha desarrollado en las iglesias por algunos de sus maestros y filósofos;
3. El concepto del Reino de Dios como debe tomar forma en la vida diaria de aquellos que verdaderamente pertenecen a él.

Esta mañana me restrinjo a la primera sección. Esto no es solamente correcto; sino que en vista de las perspectivas conflictivas y contradictorias es urgente en nuestro tiempo en el que muchas desequilibradas y falsas nociones de ese reino son ampliamente propagadas. Sin un entendimiento firme de las enseñanzas bíblicas concerniente al reino, nuevamente sustituimos la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre con los pensamientos y teorías del hombre.

Por lo tanto, para su reflexión y respuesta revisaremos el material paso por paso como sigue:

1. El anuncio del reino en los Evangelios, especialmente por nuestro Señor.³
2. Las raíces del concepto del reino como se revela a través del Antiguo Testamento,
y
3. La enseñanza del concepto del reino por los apóstoles en el resto del Nuevo Testamento.

² Una bibliografía sobre los artículos importantes, panfletos y libros que tratan con el “reino de Dios” llenarían docenas de páginas. Para aquellos en la audiencia interesados en continuar un estudio de este tema, les sugiero lo siguiente como especialmente útil y digno de confiar:

Luis Berkhof, *The Kingdom of God: The Development of the Idea of the Kingdom, especially since the Eighteenth Century* (Grand Rapids: Eerdmans, 1951).

George Eldon Ladd, *The Presence of the Future: The Eschatology of Biblical Realism* (Grand Rapids: Eerdmans, 1974, [reimpreso], 1981).

Herman Ridderbos, *The Coming of the Kingdom*, traducido por H. de Jongste (St Catharines, ON: Paideia Press, 1978).

Gerhardus Vos, *The Teaching of Jesus Concerning the Kingdom and Church* (Grand Rapids: Eerdmans, 1951; [publicado primeramente por la American Tract Society, New York]).

³ Debido a la limitación del tiempo, este discurso trata solamente con el reino de Dios como se encuentra en los sinópticos; otros materiales bíblicos se reservan para posteriores discursos programados.

Qué asombrosa y extraordinaria impresión nuestro Señor dejó en sus oyentes cuando, habiendo regresado a Galilea del primer año de ministerio en Judea y Jerusalén, él empezó a predicar.

Escuchen el registro de Mateo: después que Juan el Bautista fue puesto en prisión, Jesús partió de Nazaret para Capernaúm. “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 4:17).⁴ Y otra vez, “Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino” (Mat. 4:23).

¿Les sorprende que empecemos con esto más bien que con el Antiguo Testamento? No les debe sorprender. Especialmente los sinópticos (los primeros tres evangelios) son ricos y están repletos con este mensaje. Solamente a la luz de ellos podemos mirar hacia atrás con apreciación y cierto entendimiento de sus raíces en el Antiguo Testamento como se revelan especialmente en los Salmos y los Profetas. Ni las enseñanzas de los apóstoles sobre esta materia, enseñanzas que son algo breve e incidentales al ser comparadas con los Evangelios, llegarán a ser transparentes para nosotros. Porque estos hombres, de acuerdo al mandamiento dado por Jesús, debían “hacer discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mat. 28:19-20a).

Como un poema sinfónico, con todas sus variaciones en claves mayores y menores, esta enseñanza del reino de Dios—o como se llama frecuentemente en Mateo “el reino de los cielos”—trae las palabras y hechos de nuestro Señor a una unidad impresionantemente hermosa e inconfundible. Jesús vino, en verdad, predicando a tiempo y fuera de tiempo las buenas nuevas del reino.

No sorprende que los judíos de su día lo escucharan con alegría. Ecos de sus palabras resonaron al mismo tiempo en sus mentes y corazones. En las lecturas del Antiguo Testamento en cada servicio del sábado ellos oían esta realidad divinamente prometida. Ellos oían lo que Moisés y David, lo que Amós y Miqueas, lo que Isaías y Jeremías y Daniel y el resto habían predicho siglos antes.

Para ellos este mensaje no era extraño por lo que había pasado inmediatamente antes de que nuestro Señor apareciera en sus sinagogas y calles. Muchos de los que ahora lo escucharon estaban entre aquellas multitudes que venían de Jerusalén, Judea y Galilea para escuchar a Juan el Bautista en el desierto.

Ese hombre había sido enviado por Dios como el precursor, el “heraldo” para preparar el camino delante del Señor como el Mesías y Rey tan esperado. Esto él lo hizo fielmente, aún cuando no entendió completamente la gloria del mensaje que trajo.

Marcos, a menudo considerado ya sea correctamente o incorrectamente como el primer escritor del Evangelio,⁵ empieza su registro sorprendentemente:

⁴ Todas las citas bíblicas son tomadas de la Reina-Valera 1960.

⁵ La cuestión (problema) de la relación entre los primeros tres Evangelios, los sinópticos, no necesita concernirnos aquí. Para aquellos que aprueban la confesión Reformada concerniente a la Santa Escritura, cada uno de estos evangelios es igualmente autoritativo, confiable y por lo tanto necesario para nuestra fe en la persona, enseñanza y obra de nuestro Señor Jesucristo.

“Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. [Después de citar a Isaías, añade]...Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados...Y predicaba diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo” (Marcos 1:4-8).

Tan significativo era este ministerio de Juan que todos nuestros cuatro evangelistas lo registran con detalle. No; este predicador del desierto no habló directamente acerca del reino de Dios. Ese no era el foco central de su misión y mensaje. Más bien, su ministerio era el solemne privilegio de anunciar que el reino se ha acercado; que pronto aparecería en Jesús de Nazaret. Pero para ese fin, para que ellos puedan estar preparados, sus oyentes fueron llamados a un cambio de corazón, mente y vida.

Mucho había sufrido el pueblo judío bajo el yugo opresor de la tiranía romana. Con un ansia más intensa de lo que podamos imaginar, ellos miraban hacia atrás a los días dorados cuando David y Salomón ocupaban el trono. Ellos recordaban que, de acuerdo a la palabra profética, Uno vendría que ascendería al trono de su padre David y gobernaría a su pueblo con justicia y paz. Pero ahora, imbuidos en unos dos siglos de escritos apocalípticos judíos, ellos anhelaban un reino terrenal, visible y político.⁶ Este reino, ellos creían, sería establecido con violencia. Los opresores sería derrotados, y como el pueblo escogido de Dios ellos disfrutarían una prosperidad inimaginable. Para ellos, a la manera de unos cuantos Anabaptistas fanáticos en tiempos de la Reforma y también de algunos teólogos liberales en nuestro día, estos judíos consideraban al Mesías prometido como Aquel que cambiaría las estructuras de su sociedad.

El mensaje de Juan, sin embargo, permaneció en agudo contraste con tales expectativas. Al preparar el camino delante del Rey venidero él ordenó un cambio de los corazones y vidas individuales. Hombres, mujeres e incluso niños, ya fueran líderes religiosos o cobradores de impuestos desleales, todos necesitaban arrepentirse de sus pecados. Como una señal discernible de tal cambio ellos debían someterse al bautismo de purificación y producir frutos dignos de arrepentimiento y fe.

De esta manera, el reino de Dios en su aparición entre los hombres ejercitaría un poder discernidor. Era, sin duda, buenas nuevas solamente para aquellos que experimentaban un cambio espiritual. En sus sermones Juan les advertía que el hacha ya está puesta a la raíz del árbol de sus vidas. Todo árbol que no da buen fruto sería cortado y echado al fuego. Aquel cuya llegada se había acercado vendría con un aventador en su mano. El limpiaría completamente su era, separando la paja del buen y saludable grano. Tal perspectiva del

⁶ Sobre el carácter e influencia de las perspectivas apocalípticas judías, muchas de ellos estaban, sin duda, en boga entre los líderes y el pueblo de los judíos en los días de nuestro Señor, cf. G. Ladd, *The Presence of the Future*, 76-101. El resume sus hallazgos de este modo:

“La escatología apocalíptica puede ser entendida como un desarrollo histórico de la escatología profética interpretada ésta en contra del antecedente de los males histórico de los tiempo después de los Macabeos. Tanto la escatología profética y apocalíptica pueden concebir el establecimiento del Reino solamente como una irrupción de Dios; ambos son esencialmente catastróficos...Sin embargo, la escatología apocalíptica ha perdido el concepto dinámico de Dios quien está redentivamente activo en la historia. Los apocalipsistas, contrario a los profetas, desesperaban de la historia, sintiendo que la historia estaba completamente dominada por el mal...De esta manera, la tensión profética entre la escatología y la historia estaba perdida. Dios solamente es el Dios del futuro; él es el Dios del presente solamente en un sentido teórico...(101).”

reino de Dios en su venida era nota nueva e impactante para los judíos, una nota que especialmente los Escribas y Fariseos rechazarían fuera de control.

Por medio de tales palabras Juan buscaba alejar al pueblo de sus sueños extravagantes. No todos los descendientes físicos de Abraham entrarían al reino; solamente aquellos que oían y se arrepentían y creían. Resonaban, en verdad, las profecías y promesas del Antiguo Testamento pero siempre con un desafío intensamente personal y existencial para todos los que oían.

Permítanme resumir brevemente el ministerio de Juan al preparar la entrada real del reino con todos sus poderes celestiales en la persona y obra de nuestro Señor Jesús:

- a. El nuevo día ha llegado; ya está amaneciendo sobre el horizonte de la historia de Israel. Su lugar en la historia redentora difícilmente puede ser exagerado.
- b. Este nuevo orden será instaurado por el Rey y las demandas del pueblo de confesar y arrepentirse de sus pecados.
- c. También requiere mirar más allá de Juan a Jesús de Nazaret. El es tanto Salvador y Rey. Todos los que se vuelven a él en fe serán bautizados con el Espíritu y fuego.
- d. De aquí que todos sin excepción serán probados. La descendencia de Abraham no es garantía de entrar a este reino.
- e. La venida de ese reino es, ciertamente, buenas noticias. Pero está incompleto sin la severa advertencia de “huir de la ira venidera” (la justicia retributiva de Dios). Como Rey, él purgará a Israel y echará a los incrédulos e impenitentes al fuego. De esta manera, él hará separación entre aquellos que oyen su voz.

Este fue también el mensaje del reino traído por nuestro Señor.

Esto ya es evidente en sus tratos con Nicodemo en el año antes que él viniera predicando por toda Galilea. ¿Recuerdan la historia? A ese líder que vino a él de noche nuestro Señor le habló acerca del reino. A él que parecía muy bien versado en la religión judía, le dijo, “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciera de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Cuando Nicodemo levanta objeciones a Jesús, él le dice, “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:5-6).⁷

⁷ Este texto es absolutamente crucial para un correcto entendimiento de la salvación como nuestra nueva vida en Cristo, un texto que no da lugar para el característico “creer fácil” de algunos círculos evangélicos. La fe siempre produce buenas obras; (cf. La epístola de Santiago, etc.). La justificación de Dios como un don gratuito para todo aquel que cree no puede ser ni por un momento aislada de su obra de gracia de la santificación. Aquí Jesús nos advierte en contra del legalismo, externalizar los requisitos de la voluntad o ley de Dios para sus hijos quienes como ciudadanos del reino deben someterse de todo corazón para hacer lo que él demanda de ellos, un “hacer” que puede ser y es llevado a cabo (aunque sea imperfectamente) confiando en su gracia sustentadora y renovadora. Cf. Esp. H. Ridderbos, *The Comino of the Kingdom*, 285-333.

Ya desde esta etapa temprana en el ministerio de nuestro Señor cualquier noción de ese reino apareciendo en seguida y de una forma externa y gloriosa es eliminada. De acuerdo al plan y propósitos eternos de Dios, de quien es el reino, los ciudadanos tienen que ser hechos aptos para ese reino. Estos son los que oyen y creen sus palabras. Ni el reino vendrá, hasta que el Hijo del hombre sea alzado en la cruz, así como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto para la sanidad que aquellos cuya rebelión los había condenado a una muerte segura y dolorosa (Juan 3:14). Solamente por medio de la obra del Espíritu de crear un nuevo nacimiento que produce fe con todos sus componentes, los hombres y mujeres y niños entran al reino de Dios.

Todo el resto de la enseñanza de Jesús fue un desarrollo, un embellecer si así lo quieren, de este tema del reino de Dios.

Reconocemos esto de una vez en ese gran mensaje predicado en la ladera de Galilea, usualmente llamado “El Sermón del Monte” (Mat. 5-7). En él hallamos el “cuadro” de ese reino. Su estructura cuidadosa, sus varias partes y su reto para aquellos que oían, merece nuestra cuidadosa atención.

- a. Empieza con la designación de cualidades o características de aquellos que son sus ciudadanos (Mat. 5:3-12).
- b. Anuncia su responsabilidad en este mundo como sal y luz sobre un monte. De aquí que el reino no es una realidad mística escondida en lo profundo de las almas de las personas. Sus ciudadanos son ordenados a “permitir” que la nueva luz dentro de ellos brille fuertemente para la alabanza de su Padre que está en los cielos (Mat. 5:13-16).
- c. Está íntimamente relacionado con la Ley, la cual nuestro Señor nunca hizo de lado en ningún momento. Sin embargo, es de un orden más alto y conlleva un carácter espiritual muy profundo. Por lo tanto, él añade, “...Pero yo os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mat. 5:17-20).
- d. Después continúa a declarar cómo la voluntad de Dios debe ser buscada y practicada en la vida cotidiana por sus ciudadanos. Todos estos ejemplos enfatizan un rendimiento total espiritual del corazón. De esta manera, también, ellos no serán perdonados, a menos que orando de corazón perdonen a los demás (Mat. 5:23-6:18, 7:1-6).
- e. Esa justicia del reino tiene que ser la meta suprema en sus vidas. De aquí que ellos no deben buscar las cosas de la tierra sino “haced tesoros en el cielo”; no para ganar méritos sino más bien para demostrar la sinceridad de su respuesta al evangelio (Mat. 6:19-24). Ni tampoco deben preocuparse acerca de sus necesidades terrenales. “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y toda estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33).
- f. Concluye con un desafío dado por nuestro Señor en varias formas. Siempre tienen que preguntar, buscar y tocar. Ellos deben escoger la puerta “angosta” que solamente lleva a la vida. En contra de los falsos profetas y maestros ellos tienen que estar en guardia. También ellos deben examinarse porque no todo aquel que dice “Señor, Señor” entrará al reino de los cielos. Y el sermón termina con la parábola sorprendente de “Los cimientos ó de los Constructores Sabios y Negligentes” (Mat. 7:7-27).

En los sinópticos encontramos las parábolas dichas por Jesús. Casi sin ninguna excepción cada una sostiene una clara relación con las buenas nuevas del reino. Mateo agrupa muchas de ellas; Marcos y Lucas usualmente las colocan en su escenario histórico. Pero cada una enfatiza al menos un aspecto básico del reino de Dios; todas juntas proveen percepciones sobre “el conocimiento del reino,”⁸ un privilegio dado solamente a aquellos que como discípulos creen en su Palabra (Mat. 13:13s.).

El tiempo nos previene ahora de considerar incluso algunas de ellas en profundidad. Pero un estudio somero ya demuestra que en ellas el origen, la naturaleza, el desarrollo, el reto y el valor supremo de este reino son hechos claros. Incluso la consumación de ese reino al final de las edades recibe atención.

Por el reino los hombres tienen que estar listos para vender lo que poseen. Aparece en un mundo donde el trigo y la cizaña crecen juntos hasta la final cosecha (Mat. 13:24-30). En su comienzo en este día y era es pequeño. Con todo, como una semilla de mostaza crece hasta llegar a ser un gran árbol ó arbusto (Mat. 13:31-32). Es más, el escuchar el evangelio no garantiza la salvación, es decir, entrar al reino, como la parábola de “La Red” declara. En la red, son atrapados tanto peces buenos como malos. Pero “al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos,…” (Mat. 13:47-50). En parábolas posteriores nuestro Señor enseñó que el reino sería quitado de los judíos a quienes fue primeramente prometido, por causa de su incredulidad deliberada y su rechazo de él como el Mesías-Rey (Mat. 21:33-36 y 22:1-14).

Si todas las parábolas fueran tomadas en sentido literal como han sido registradas, los eruditos no pasarían tanto de su tiempo tontamente y vanamente disputando cuestiones que son, ciertamente, claramente respondidas.

Jesús innegablemente proclamó el reino de Dios tanto como una realidad presente que fue “cumplida” en su persona y obra mientras estaba en la tierra y como una esperanza futura todavía no “consumada.” Esta es la dimensión escatológica que es asegurada por la Palabra de su poder Mediador.

Así, también, ese reino irrumpe en la historia humana en su venida, de tal manera que “el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (Mat. 11:12).⁹ Sin

⁸ Sobre el “misterio del reino,” cf. G. Ladd, *The Presence of the Future*, 218-242.

⁹ La traducción correcta y por lo tanto la interpretación de este texto ha sido muy discutida y debatida. La voz media del verbo usado por Jesús puede ser traducida como una voz pasiva (algo hecho al reino) o activa o reflexiva. Así lo hace Ridderbos:

“No hay certeza acerca de la manera de traducir este texto pero no puede negarse que el reino de los cielos se representa aquí como un entidad presente. De acuerdo a nuestra traducción es que se abre camino, se impone a sí mismo con fuerza, usando violencia en este mundo. Y esto ha estado sucediendo (el proceso está siendo continuado) “desde los días de Juan el Bautista.” Tendremos que entender la palabra “desde” de una manera exclusiva y no en un sentido inclusivo. Juan está sobre la era, el guía desde la antigua hasta la nueva dispensación; él mismo aún pertenece al antiguo periodo. Con Jesús la nueva era ha llegado, la era del reino de los cielos abriéndose camino con fuerza en el mundo. A la inversa, el reino es también una cuestión de “apropiación,” “tomar” el reino “como un botín” (54).

Además, la expresión “el reino de los cielos sufre violencia” en Mateo 11:12, no debe ser tomado meramente como refiriéndose al poder de la predicación del evangelio, como algunos autores hacen

embargo, su venida es también gradual y llega a ser toda penetrante como la levadura dentro de un saco de harina (Lucas 13:20-21).

Debe reconocerse primero que todo como un reino, un acto de gobernar, un “reinado” y no un territorio que pueda ser medido por los instrumentos del hombre. Pero este reino dinámico de Dios sí alcanza una manifestación específica, concreta y visible en las vidas de aquellos que pertenecen a él. Llama a los oyentes a la forma más alta de actividad espiritual. Y esto no pasará desapercibido en la era presente.

Con esto nos dirigimos a la relación entre los milagros de nuestro Señor y el reino de Dios.

Estos no son trucos del juego de manos ejecutados con o sin encantaciones mágicas. Más bien, son demostraciones de que el reino llega con “los poderes del siglo venidero (Heb. 6:5). No debe ser olvidado que aunque esto es a menudo muy ligeramente hecho, la misma predicación del evangelio para salvación es un milagro; de hecho, es el gran milagro del reino. De aquí que la parábola del “Sembrador” con su desafío de buscar almas encabeza la lista en el relato de Mateo (Mat. 13:1-23). Pero una conexión íntima e inquebrantable existe entre su mensaje del reino y “los poderosos hechos y maravillas” que hizo. Ya en los días de su humillación él ejercita esa autoridad por medio de la cual fue enviado al mundo. Con esa autoridad él fue dotado por el descenso del Espíritu en el tiempo de su bautismo (Marcos 1:9-11). Aunque subordinado y secundario a la Palabra—porque los milagros procedieron del propio mandato de Jesús—éstos tratan con la vida física terrenal de aquellos a quienes él extendió sus manos de compasión. Déjeme repetir: el evangelio del reino, aunque es una realidad celestial y profundamente espiritual, transforma al hombre en la totalidad de su existencia. Esto incluye el cuerpo con todas sus necesidades y carencias. Así también, él demuestra su poder para la gloria de Dios al controlar la creación y someter a los espíritus quienes por mucho tiempo ejercieron un poder esclavizante y demoníaco en las vidas de muchos que vivieron en el día de Jesús.

Vemos a nuestro Señor, entonces, cambiando el agua en vino en la boda de Caná (Juan 2:1-11). Lo observamos cómo una vez más parte unos cuantos panes de cebada y pescados para saciar el hambre de las multitudes (Mat. 14:13-21; 15:29-39). Lo reconocemos como Señor de los vientos y olas al calmar las tormentas (Marcos 4:35-41, 6:45-52). Él puede llamar legiones de ángeles, aunque en obediencia a la voluntad del Padre rehúsa frustrar la traición de Judas y la violencia de los soldados que intentaban atraparlo en el jardín de Getsemaní (Mat. 26:53). Incluso los ángeles del cielo están a su entera disposición. Él es el Salvador-Rey que plenamente personifica y ejerce todos los poderes de la nueva era en el Reino de Dios.

en su demasiada adherencia al *euaggelizetai* de Lucas 16:16, ya que se relaciona también a los milagros de Jesús... Los milagros hacen visible y audible el cumplimiento de las promesas, la venida de la era de salvación, cosas que muchos profetas y muchos justos en vano desearon ver y oír. Los milagros de Jesús revelan la llegada del reino de Dios (65).

De este modo, seguimos a nuestro Señor durante su ministerio terrenal. El sana a los enfermos, abre los ojos de los ciegos, restaura la fuerza de los miembros paralizados de los cojos. Limpia a los leprosos y los restaura a una posición útil en la sociedad de Israel, de la cual, su enfermedad los había excluido. Un tocar con fe el dobladillo de su manto fue suficiente para sanar a la mujer cuyo problema de la sangre la había afligido por muchos años. Incluso el siervo del centurión de Capernaúm fue salvado de la muerte por medio de su palabra dicha desde lejos (Lucas 7:1-10).

Lo más grande de todo a nuestros ojos es innegablemente su poder de gracia y glorioso sobre la muerte. El levantó a la hija de Jairo con unas cuantas simples palabras (Marcos 5:21-24, 35-43); al hijo de la viuda de Naín meramente tocando su ataúd (Luc 7:11-17); a Lázaro su amigo, ya tres días en la tumba, por la ordenanza, “Ven fuera” (Juan 11:38-44).

¿Qué propósito, nos preguntamos, sirven todos estos y muchos otros milagros?

Sin duda, los milagros trajeron alivio y liberación de las enfermedades, del dolor y la muerte en las vidas de aquellos sobre y para quienes fueron realizados.

Pero mucho más profundo, los milagros demuestran el testimonio de Dios de que Jesús era su Hijo amado, Aquel en quien él estaba muy complacido y a través de quien estaba inaugurando y estableciendo su reino en los corazones y vidas de los hombres. Pedro resume esto admirablemente para la multitud judía en su sermón de Pentecostés. “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis.” Y con eso el apóstol llama al arrepentimiento y fe. “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor [es decir, Rey] y Cristo [es decir, Mesías] (Hechos 2:22, 36).

Y todos estos hechos, juntamente con sus palabras de vida, son para la alabanza y la gloria de nuestro Dios.¹⁰ Para ese fin, sobre todo lo demás, el reino de Dios se abre camino poderosamente en el mundo.

Aunque la promesa del reino es “cumplida” en y con la persona de Jesús y su obra hecha mientras estaba en la tierra, continuamente encuentra una fiera oposición. Ningún estudio del concepto del reino de Dios será correcto, a menos que este sea tomado de manera seria.

Esa oposición fue ya demostrada en el nacimiento de nuestro Señor. Mientras los ángeles cantaron “Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” (Luc. 2:14), el malvado Herodes tenía la intención de matarlo. Porque los magos del Oriente habían venido a disturbar a toda Jerusalén con su pregunta, “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle” (Mat. 2:2, 16-18). Muchos más personales e intensos son los ataques cuando Jesús es tentado en el

¹⁰ Sobre la “Gloria de Dios” como el propósito y fin principales de la manifestación del reino también en los milagros, cf. Juan 11:40, “Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”

desierto. Allí el diablo le promete, por un momento de homenaje, todos los reinos del mundo sin el sufrimiento y muerte que le esperaban (Mat. 4:8; Luc. 4:5-7). Y con alguna apariencia de derecho externo Satanás pudo hacer esta promesa, porque por la rebelión del hombre todos los pueblos y naciones estaban esclavizados bajo su control. Jesús no duda en llamarlo “el príncipe de este mundo” (Juan 16:11).

Bajo esa influencia demoníaca los hombres en cada caminar de su vida, también en los días de Jesús, a menudo oían y después resistían y rechazaban el llamado a la ciudadanía del reino. Repetidamente nuestro Señor trazó la distinción entre aquellos que creían y aquellos que no creían. Los primeros son las ovejas que oyen su voz y le siguen. Ellos están seguros temporal y eternamente. Por ellos Jesús libremente pone su vida y la vuelve a tomar (Juan 10:14-18). Los otros son rebeldes cabritos que serán separados de su rebaño (Mat. 25:31-46). A ellos les espera el castigo eterno.

Incluso más bruscamente le dice a los Fariseos, quienes se atusaban con la pretensión de ser los descendientes de Abraham y así los herederos del reino, “Vosotros sois de vuestro Padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Juan 8:44).

Esos dos “reinos” con todas las batallas que surgen entre ellos continúan a través de los siglos. Sobre esto Jesús dio clara indicaciones en su enseñanza sobre “las últimas cosas” (Mat. 24:1-35; Marc. 13:1-31; Luc. 21:5-36).

Esta guerra, predicha tan al principio en Génesis 3:15, continúa entre el Dios eterno y Satanás a la cabeza de los ángeles caídos. Pero en ella está involucrada toda la humanidad.

Es la batalla por la verdad en contra de la mentira, por aquella sana doctrina que es según la piedad en contra de las mentiras perpretadas y propagadas por los falsos maestros que abundarán en todas partes durante el tiempo entre el “cumplimiento” y la “consumación” del reino de Dios. Ligado a la ciudadanía en el reino de los cielos, por lo tanto, se halla también el arrepentimiento de creer la mentira como también de las prácticas pecaminosas. Todo esto es integral para una fe viva en Jesucristo como “el camino, la verdad, y la vida” (Juan 14:6).

¿Es esa batalla, entonces, un asunto no decidido, a pesar de que él “cumplió” las promesas del reino por medio de su vida y muerte en su resurrección y ascensión?

De ninguna manera.

Cuando los setenta regresaron de su misión con gozo y dijeron, “Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre,” él les respondió “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos” (Luc. 10:18-20). En verdad, a ellos se les había dado algunos de “los poderes del siglo venidero;” estos, sin embargo, son de menos importancia que la salvación de la cual nuestro Señor les asegura

a sus siervos fieles. De este modo, cuando se advierte en contra de la ansiedad, él anima a sus discípulos con las palabras, “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Luc. 12:32). Ya el reino de Dios es, de acuerdo a esta palabra, una realidad presente y dinámica en las vidas de aquellos que confían en él. Y cuando los fariseos le acusan de echar demonios por el poder de Belcebú, él contesta con una breve parábola que apunta a él mismo. “pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios. Porque, ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa” (Mat. 12:28-29; Luc. 11:2-22).

Nada en el cielo o en la tierra o incluso debajo de la tierra puede frustrar el reino de Dios con sus poderes celestiales. Esto es asegurado por la Palabra de nuestro Señor, al dejar con ellos el aposento para ser traicionado, “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

Ya notamos que Jesús siempre habló del reino de Dios como siendo tanto presente y futuro. Y con relación al futuro del reino él tiene mucho que decir a sus discípulos.

Sólo brevemente tocaremos sobre este aspecto del reino de Dios ahora. Debe ser evidente de lo que fue dicho antes, que el “cumplimiento” clama por la “consumación.” Repetidamente él advirtió que el juicio con destrucción eterna espera a quienes no creen y obedecen la Palabra.

Pero de vez en cuando los discípulos preguntaron, “¿Cuándo?” Y a esta pregunta el Señor no brinda una respuesta precisa. Más bien, repetidamente demanda de ellos que “velen” y “esperen” y “ocúpense hasta que él venga.” Sin embargo, al final de su ministerio terrenal sí habla en gran detalle acerca de tales asuntos. Las parábolas dan amplio testimonio al hecho de que el reino de Dios, ahora que ha venido entre los hombres, no será restringido a los judíos. El tiene ovejas, que no pertenecen a la casa de Israel, quienes son suyas y a quienes buscará y hallará. Cuando aquellas excluidas “...vean a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios” (Luc. 13:28-29). Esta es la gran celebración victoriosa al final de los siglos a la cual él se refería de vez en cuando en sus parábolas.

Pero antes de que ese “fin” venga, muchas cosas tienen que suceder en el mundo.

Para esto nuestro Señor prestó atención al responder a las preguntas de sus discípulos. Aquí él habla con mucha de la misma “perspectiva profética” tan característica de los mensajeros del Antiguo Testamento. La caída de Jerusalén debido a su rechazo del Mesías está íntimamente vinculada con “el Hijo de Dios viniendo en las nubes del cielo, con poder y gran gloria.” Las “señales” son enumeradas hasta cierto grado en los varios relatos de los Evangelios. Y determinativo entre éstos es lo que afirmó: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mat. 24:14).

No debe ser necesario que repase todo lo que nuestro Señor dijo en conexión con el fin de la historia del mundo. Posteriormente, se tendrá que hacer mención de esto en conexión con la predicación y enseñanza de los apóstoles. Pero nuevamente viene el llamado, “Miren que nadie los engañe.” Falsos maestros abundarán. Guerras y rumores de guerra proliferarán. Hambrunas y terremotos estarán a la orden del día. Con todo ninguno de estos eventos cataclísmicos, por sí mismos, guiarán a los hombres al arrepentimiento. Más bien, los testigos del evangelio serán odiados y perseguidos e incluso se les dará muerte por causa de Cristo. La maldad se incrementará y el amor de muchos se enfriará.

Así, pues, Jesús anunció lo que sucedería en su venida otra vez. Los muertos, tanto los injustos como los piadosos, serán levantados de sus tumbas. El se manifestará sentado en lugar del juicio. Todos recibirán según hayan hecho en esta vida, ya sea para vida eterna o castigo eterno. Solamente entonces los viejos cielos y tierra pasarán.

Pero de esa hora y día nadie sabe; ni siquiera el Hijo mientras estaba en la tierra. Por lo tanto, la orden es sean sabios y fieles siervos, velando y esperando y obedeciendo sus mandamientos.

Todo esto está claramente vinculado con la enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios, como indican las parábolas que siguen inmediatamente en el relato de Mateo. En ese juicio, así leemos, “Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mat. 25:34). Pero para aquellos que no han creído y obedecido su palabra, “Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera, allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mat. 25:30).

Sólo un aspecto más de la enseñanza de nuestro Señor necesita ser añadido. Trata con la institución de la Cena del Señor. Aquí nuestro interés no estará en las diferentes perspectivas de los “elementos,” un debate que ardió en los días de la Reforma y que aún es relevante el día de hoy. Ni tampoco discutiremos si Juan provee una fecha diferente que la de los sinópticos; mucho menos discutiremos aquellos debates sobre si ó no la Cena fue instituida mientras Jesús, con sus discípulos, celebraba la Pascua. Nuestro interés está en la estrecha relación que Jesús mismo, de acuerdo a las palabras registradas, traza entre la Cena y el reino de Dios.¹¹

El relato más claro y más detallado lo hallamos en el Evangelio de Lucas, aunque elementos registrados en otra parte no deben ser ignorados. Para aquellos que aceptan la Biblia como completamente fidedigna, lo uno nunca debe ser opuesto en contra de lo otro como algunos eruditos lo han hecho en años más recientes.

Dos asuntos son cruciales aquí. Ambos tienen que ser considerados para poner esa Cena solemne su perspectiva correcta.

¹¹ Sobre la relación del reino con la Cena del Señor, cf. H. Ridderbos, *The Comino of the Kingdom*, 397-443. Esta relación se menciona brevemente en un pequeño párrafo por Ladd, *The Presence of the Future*, 325.

El primero es si la muerte expiatoria de nuestro Señor desde el principio también determinó su carácter o no. Esto ha sido negado por aquellos que verían aquí solamente una “chabura,” un comer y beber de Jesús con sus amigos con miras a su pronta “parusía.” Y los judíos tenían tal compañerismo de mesa tanto después de la Pascua y en otras ocasiones. Era un tiempo de gran gozo; un tiempo por lo tanto en el que la enseñanza del pecado y la expiación por el pecado difícilmente hallarían un lugar adecuado.

La otra pregunta, estrechamente relacionada a la Cena, es acerca de la función de la Cena del Señor en la venida del reino como fue predicado por Jesús.

Lucas responde ambas preguntas claramente.

Que la Cena estaba conectada con la conmemoración de esa liberación divina y gloriosa de Israel por Dios de la esclavitud egipcia difícilmente se puede negar, si tomamos el relato de Lucas como genuino. Varias veces la Pascua se menciona explícitamente (Luc. 22:7-8, 11, 13). Otra vez, “Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes de que padezca! (Luc. 22:14-14). Le hacemos injusticia al texto si ignoramos el énfasis de Jesús sobre *esta* Pascua. Sería una Pascua diferente a, aun cuando esté conectada con, las otras Pascuas en las cuales él participó durante toda su vida. En verdad, ninguna mención específica es hecha de comer hierbas amargas y el cordero asado, aunque el cordero de la Pascua se menciona juntamente con el pan sin levadura en el primer verso. Pero, ¿cómo es posible pensar de nuestro Señor, quien había venido a cumplir toda justicia, que descuidó hacer uso de estos elementos mientras que todavía la llamaba Pascua?

En este relato, como también en los otros relatos, cada palabra merece la atención más estrecha posible. Aquí, como alguien ha notado correctamente, todos los hilos del evangelio de salvación son tejidos y urdidos en una vestimenta de un solo pliego. Leemos del “fruto de la vid”, tan frecuentemente mencionado en los profetas como parte del gozo en la venida del reino. Jesús también habla del “nuevo pacto en mi sangre,” recordándonos especialmente las palabras de Jeremías con su afirmación segura de un nuevo pacto en el cual la ley de Dios estaría escrita en los corazones de su pueblo. Y esa “sangre” es derramada, como otros escritores dicen, “para la remisión de los pecados.” Este es el primero y más grande de todos los regalos que se aseguran para aquellos que pertenecen al reino de los cielos. Todos los otros dones y beneficios fluyen de esta fuente. Sin este don como el cimiento y fundamento de la salvación, toda la enseñanza acerca de las bendiciones del reino de Dios son un metal que resuena y un címbalo que retiene. Que los liberales y los liberacionistas que en el mejor de los casos ignoran y en el peor de los casos niegan la muerte substitutiva del Salvador sobre la cruz estén advertidos. Su promesa no es la de un reino seguro y venidero; es más bien un producto de sus propias imaginaciones e ideales terrenales.

En conexión con esto Jesús habla tan claramente. ¿Por qué, él con toda seriedad, desea comer esta Pascua con ellos? “Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios” (Luc. 22:16). Con énfasis repite esto mientras pasaba la copa, “porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga” (Luc. 22:16).

Aquí es evidente más allá de toda sombra de duda que nuestro Señor no esperaba que el reino viniera en su plenitud en su propio tiempo en la tierra. Él miraba adelante hacia el futuro así como la obra redentora de Dios continuará hasta el fin del siglo.

Permítanme resumir el significado de este énfasis escatológico en conexión con la Cena del Señor en las palabras de Herman Ridderbos:

“La gran importancia de este punto de vista es obvia, sin duda en primer lugar con respecto a Jesús mismo. En ninguna parte más impresionante que aquí aparece que él encaró la muerte en la certitud de su exaltación futura. En su despedida y muerte triunfalmente espera el tiempo mesiánico. Pero al mismo tiempo, y esto es significativo por la caracterización de la Cena del Señor, la comida de la que Jesús participa con sus discípulos asume un carácter prefigurativo. Lo que sucede en esta comida será cumplido en el reino de Dios. Pero también a la inversa, lo que será la plenitud del gozo en el reino de Dios tiene su comienzo y anticipación en esta comida. La relación entre la Eucaristía y comer y beber en el reino venidero de Dios no es meramente aquella entre el símbolo y la realidad, sino aquella entre el comienzo y el cumplimiento. ..Eso es también por qué la reunión de los discípulos a la mesa para el tiempo que viene no puede ser una forma accidental del lazo de unión que los abraza a todos ellos y que está fundado en su fe en Cristo (412).”

El tiempo ahora está más que agotado.

Discúlpenme que haya tratado con la riqueza de material sacado de los Evangelios de una manera muy incompleta. Tal vez he levantado más preguntas en sus mentes y corazones que las que han sido respondidas. Pero tal reacción y respuesta es del todo bueno.

El día de hoy marca el inicio de su nuevo año académico. Que sea uno en que el estudio de y la reflexión sobre la enseñanza bíblica concerniente al reino de Dios ocupen su lugar legítimo.

Es un mensaje lleno de retos y consuelo para todos los que nombran el nombre del Señor Jesucristo.

Es el mensaje que tiene que ser tejido en toda nuestra predicación ya sea para los creyentes quienes ya se confiesan a sí mismos ser ciudadanos por medio de la gracia de ese reino o para aquellos todavía fuera a quienes Dios desea llamar al arrepentimiento y fe y a una obediencia piadosa.

Es el mensaje que resuena con el evangelio por todos lados al cantar, “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Rom. 11:36).

El Señor mismo los bendiga a todos.

Traducido por Valentín Alpuche